

PERORACIÓN

EL MENDRUGO / 53

A CONTRALUZ DE LOS... / 54

CANTAR / 59

NO / 62

AÑO 93 / 64

COLLAGE / 66

LA ISLA SIN UN PESO / 68

ADIÓS A HESTIA / 69

PREMONICIONES / 72

DE LA MEDITACIÓN Y... / 74

EPIFANÍA DEL SILENCIO



Marilú Rodríguez Castañeda (Artemisa 1954-2022) Escribió narrativa, poesía y teatro. Fue miembro de la UNEAC. En 1993 publicó su cuaderno de cuentos *Contar en dos tiempos*. Obtuvo el Premio Nacional Luis Rogelio Nogueras (1999) con el libro de cuentos *Violines para un pez*, que fue publicado por la Editorial Extramuros. En 2006 aparece su libro de cuentos *Melodías para un fauno*, a cargo de la Editorial Unicornio. Fue distinguida en el Concurso Interamericano para Mujeres Narradoras (Argentina, 2007). Publica en 2014 otro libro de cuentos: *Muñecos flojos*, también por la Editorial Unicornio; en 2016, la novela *Oficio de Tántalo* y en 2018, otra novela: *El libro de Racha y otras obsesiones*, ambas también por la Editorial Unicornio. La Editorial Primigenios en Estados Unidos le publicó en 2021 su novela *Alguien está en las cenizas*. Parte de su poesía aparece recogida en el proyecto Isla Negra-Isla Verde, de la Fundación Pablo Neruda. Obtuvo la Beca de Creación UNEAC de Artemisa con la novela inédita *Colonia de hongos blancos*. Durante varios años colaboró con la emisora *Habana Radio* en el espacio “De libros y autores”, desarrolló talleres de narrativa y condujo el espacio “Con voz de mujer”. Fue antologada en Cuba, España, Argentina, México, Chile y Estados Unidos. El presente texto fue publicado en versión digital por la Editorial Unicornio en 2022.

ÍNDICE

LA POESÍA COMO UNA ACTITUD / 5

EXORDIO

APPOGGIATURA

I / 13

II / 15

III / 16

IV / 17

V / 18

VI / 19

VII / 20

VIII / 21

INTERMEZZO

CARTA A LA EPIFANÍA... / 27

QUIMERA / 31

CUMPLEAÑOS / 34

REINA DEL CAPELLANÍAS / 36

ESE DÍA / 37

DE LAS SUSTANCIAS Y... / 39

EL ÁNGEL VIGÍA / 40

(M)AMANDO / 42

AMIGO CARLOS / 45

su relación a través de la lectura o amistad con personas de otras regiones del planeta (España, Italia, Rusia, Turquía...), su extracción campesina, el hecho de haberse criado durante sus primeros años de vida entre catalanes y aragoneses, así como la herencia sanguínea y cultural de sus dos bisabuelos oriundos de Sevilla y Canarias, este último combatiente contra la Corona en las filas del Ejército Mambí.

Por otra parte, independientemente de cierto equilibrio en cuanto a la calidad de los textos, considero que algunos poemas sobresalen por el nivel de síntesis y otros presupuestos favorables, de los que solo menciono algunos —sin ser los únicos— y me refiero a «El ángel vigía», «No», «Mendrugó», «Año noventa y tres» y «Cantar», uno de los dos poemas dedicados a Humberto, su esposo, lo que considero, además, un acto de lealtad y justicia.

Finalmente, invitar a los que degusten de Epifanía del silencio a una nueva lectura y volver sobre las palabras del prólogo, a fin de que completen con ese segundo momento el regusto que nos lleva a la complicidad y a la mejor comprensión del acto poético y su extensión en el otro como ofrenda del amor y la raigambre en que se afirman el poeta y la poesía a través del tiempo y las improntas de cada época.

JESÚS SAMA PACHECO
Santos Suárez, junio del 2021

EPIFANÍA DEL SILENCIO

Marilú Rodríguez Castañeda



Edición: Roberto Manzano
Corrección: Ana Margarita Valdés Castillo
Emplane: Noel Pérez García
Diseño de cubierta: Noel Pérez García
Ilustración de cubierta: Juan C. Muñoz Alfonso
Ilustraciones interiores: Roberto Manzano

© Marilú Rodríguez Castañeda, 2022
© Sobre la presente edición:
Editorial Unicornio, 2025

ISBN 978-959- 218-531-9

Editorial Unicornio.
Centro Provincial del Libro y la Literatura de Artemisa
Calle 48 No. 2701 / 27 y 29. Artemisa

locuaz y pertinente, en el que las palabras fluyen como río que desborda sus márgenes y nos entrega un aluvión de sentimientos y reflexiones que incitan a discernir y aceptar con cierta complacencia la terneza o exabrupto de cada frase.

También es notorio su apego a la intertextualidad para traer a colación versos y frases expresadas por algunos cofrades, o por esos paradigmas escogidos por ella como raíz nutriente de su acto creativo. En este sentido pudiéramos mencionar a Jorge Luis Borges, José Martí, Dulce María Loynaz, Miguel Hernández, Pablo Neruda y Sor Juana Inés de la Cruz, entre muchos otros.

Su admiración por determinados amigos no la deja de expresar, patentes en poemas como los dedicados a Roberto Manzano, Carlos Jesús Cabrera y Alberto Rodríguez Tosca, a este último con el poema titulado «Carta a la epifanía de tu edad sin nombre», donde se aprecia con mayor énfasis el estilo conversacional en el que por momentos se explaya su peroración y en el que aquellos que conocemos personalmente a la autora logramos escucharla y ver su gestualidad más allá de la página impresa o digitalizada.

Solo tres aspectos me faltarían por tratar, en aras de no hacer extensas estas palabras acompañantes que intentan resumir infructuosamente un texto que merece mayor tiempo y dedicación. Primero, poner al lector al corriente sobre ciertas claves del libro apreciables en el tratamiento del lenguaje y en determinadas imágenes, debido a

a frases o imágenes que tienen su base en la mitología (Balboa, Zequeira, Manzano, entre otros); también es deudora de las corrientes estéticas que irrumpieran en la literatura cubana a partir de las décadas del cincuenta y el sesenta del pasado siglo, entre los que pudiéramos mencionar a Pablo Armando Fernández, Virgilio Piñera, Samuel Feijóo y Raúl Hernández Novás, por solo mencionar cuatro ejemplos.

El libro está armado de manera exponencial; aunque pudiéramos decir que su desarrollo es también circular, ya que de sus tres secciones es en la primera y la tercera donde se aprecia el mayor vuelo de una poesía escrita desde el corazón y el impulso que provoca la impronta de cada instante en un ser sensible e indagador.

Es evidente desde una primera lectura la subordinación de la forma a un discurso sin cortapisas, en el que la sinceridad y honestidad del poeta trasladan al lector un conjunto de emociones y conocimientos emanados de muchas lecturas y de un acervo vivencial colmado de necesidades y añoranzas. Marilú, más que la rasgadura de su piel para mostrarnos sus angustias y alegrías, nos muestra las entrañas de una época que ha vivido intensamente dentro y fuera del quehacer literario.

El rapsoda no logra abstenerse de tratar los temas universales de todas las épocas: el amor, la muerte, las angustias, la poesía, el poeta... Y así lo hace la poetisa artemiseña en este poemario

LA POESÍA COMO UNA ACTITUD

Qué hermosa compañera es la poesía. Cuando todo se ha consumido, como una flor ardida en un incendio, y el universo que nos es conocido cae como una diana que no encuentra ya el blanco, la poesía viene a nosotros igual que la paloma del Ararat: por encima de toda la catástrofe vemos abrirse en luz y verdor la tierra. Aunque sea apenas un segundo ella nos trae en su pico la fresca noticia por encima de todas las aguas. Ella nos salva. Momentáneamente tal vez, pero nos salva. Nos redime porque nos custodia cuando estamos pletóricos de sustracciones, de oquedades, de cicatrices... Bajo su cálido sortilegio amante nos inclinamos sobre la página, vertemos nuestras palabras heridas, cubiertas de polvo y sangre. Y en el forcejeo por darle expresión a la página, entra triunfal la dignidad en nuestra recóndita médula, la dignidad recupera a la persona. La poesía en las duras horas de la soledad es la más alta dignidad de la persona.

Parece artificio que alguien que se encuentra muy dolido se siente a enhebrar palabras sobre su punzante angustia, y que lo haga según

leyes inconsútiles y misteriosas de suma plasticidad y hondísima honradez. Pero la palabra rearma en lo escondido la conducta, y abre el párpado de la resistencia y la esperanza. Y la belleza cicatriza conducida por nuestra propia mano, curación íntima y solitaria, medicina que nuestra propia alma se suministra en la higiene más grande del espíritu que se conoce hasta hoy. La acción es absolutamente interior: el socavón se cierra en la palabra alcanzada, el diluvio cesa en el propio vertimiento, y del cuerpo conseguido con el ejercicio del dolor sube la espuma gloriosa del decoro. El que tiene la poesía tiene el remedio: ella es la gratificación misma de las vocaciones, el premio más hermoso para quien en ella cree y en ella se reanima y organiza para la batalla continua de la vida, tan llena de encrucijadas y tropiezos ásperos.

En esos momentos de tan elevada temperatura, ¿habrá un artista genuino que se demore en la alineación estética que está en boga, en la poética que impacta a los jurados, en las distinciones y prestigios que se reparten en la vida cultural? La poesía es alma del alma o no es nada: la verdadera novedad y grandeza de la poesía es la intensidad y la humildad del ser humano que se inclina con urgencia hacia el dolor suyo o colectivo y en esa apoteosis de la productividad interior ejecuta su expresión como un acto de redención y autenticidad. Es un ser humano, no

que ya habían adquirido cierta experiencia y dominio en el oficio, como fueron René Suárez Seva y Alberto Rodríguez Tosca, por solo mencionar dos de aquellos con los que compartiera afanes y esperanzas en la etapa inicial de su carrera.

Aunque se dedicó desde el comienzo a incursionar en casi todos los géneros literarios, solo después de transcurridos más de treinta y cinco años y obtener importantes lauros en diversos certámenes de narrativa, como en el Ernest Hemingway (1992), el Luis Rogelio Nogueras (1999), el Concurso Internacional para Mujeres Narradoras (Argentina, 2007), haber publicado varios libros de cuentos y dos novelas, entre las que se destaca *El libro de Racha* y otras obsesiones (Editorial Unicornio, 2018), y obtener la Beca de Creación de la filial artemiseña de la UNEAC con el proyecto de novela *Colonia de hongos blancos*, Marilú Rodríguez Castañeda nos presenta su primer poemario.

Epifanía del silencio, más allá de lo que sugiere la frase del rótulo, es un grito audible en lo alto, una extensión del acto meditativo que desde el trono de un sillón hogareño la autora ejerce con plena soberanía y modestia, tras la búsqueda de respuestas para ese acontecer diario que asume con la misma naturalidad y pujanza de sus versos.

Heredera de la tradición poética de los primeros siglos, observable en la constante recurrencia

DE LA MEDITACIÓN Y EL SILENCIO TREPIDANTE DE UN SILLÓN EN LA PENUMBRA

Económica de profesión y eventualmente maestra, Marilú Rodríguez Castañeda, pese a su afición por la escritura desde temprana edad, entró al universo de las letras por la puerta que le abriera la Riso¹¹ a los jóvenes escritores cubanos al inicio del último decenio del pasado siglo. Coincidente con el movimiento creativo de los ochenta, aunque no se siente parte de ninguna corriente estética, irrumpió en el camino de la creación literaria de manera sistemática a través de las casas de cultura, primero en Guanajay, en 1985, y posteriormente, en 1988, como miembro del taller literario Manuel Isidro Méndez en Artemisa.

Beneficiada desde la niñez por una tradición hogareña aficionada a la lectura, la creación poética y el canto, sin trascendencia entonces, la cristalización de su talento comenzó a mostrarse a partir de una ardua dedicación, que tuvo fundamentalmente como apoyatura la asesoría de Luis Carmona Ymas y la complicidad con escritores

¹¹ Sistema de impresión con el cual se incentivó la producción de libros a partir de 1990, puesta al servicio de la creación y promoción de la literatura en todas las provincias del país y del municipio especial Isla de la Juventud.

una poética; es un ser humano, no un condecorado; es un ser humano, no un manipulador de la expresión. Quien lo pone en la médula de la médula es la vida vista desde la poesía: es la poesía como compañera del alma. Es el servicio de la poesía en la recuperación profunda del equilibrio perdido, cuando Psiquis y Universo encuentran al fin el eje sobre los cuales gira el mundo con la mayor armonía.

En esa armonía no desaparece el dolor: el dolor queda plasmado, con mucha fuerza; no se borran el golpe y la caída, pero se siente un ascenso y una luz que pone de pie al alma; donde no había ya palabras, de la terrible maceración sufrida, la imagen entra triunfante en la palabra escrita; donde parecía que era absoluto el caos, un cosmos crecido desde nuestras propias manos se ha incorporado a nuestro trayecto vital y al sistema de la cultura. Todo se encuentra junto, con la densidad del peso telúrico, pero está simultáneamente abierto en la luz, como el follaje y la flor de un árbol desconocido. De manos de la creación poética entra el ser humano en la dignidad mayor, porque lo individual y lo colectivo se aúnan en el cuajado representativo de la Persona. Así ha entrado Marilú Rodríguez Castañeda en sus versos y se nos presenta en sus páginas de recia autenticidad: con la alta dignidad de la poesía, más allá de todas las poéticas, de todas las supersticiones, de todos los dogmas artísticos.

Marilú Rodríguez Castañeda escribe como quien escarda, implacablemente, en su propio interior: se quiere mirar con absoluta honradez. Y todo cuanto la rodea es visto con la misma magnitud aprehensiva. Y la solidaridad con los humildes y desamparados, con los poetas dolorosos, con los seres queridos, con su propio horizonte de deseos, se plasma con un cariño recóndito que solo la verdadera poesía conoce y trasmite. Hay aquí en este libro de versos mucha vida chamuscada por el incendio, pero hay también un permanente vuelo de la paloma que siempre regresa del Ararat para decirnos que es posible el sol sobre la trágica ola. Hay una hablante que posee mucha dignidad humana, y que cree poderosamente en el fuego sacro de la poesía. El lector debe advertir que tiene delante de sí un libro franco y sensible, que ha de recorrerse con lealtad y agradecimiento, porque está gobernado por un espíritu lleno de humanidad.

ROBERTO MANZANO
Párraga, marzo de 2021

como un simple acto de claridad,
y recuerde los brazos de mi muñeca rota.
Sacuda del tiempo mis libros, una carta,
los diccionarios, los manuscritos y sonría:
*...Sabe que el amor tiene
un solo precio que se paga
pronto o tarde: la Muerte¹⁰.*
Encontrará pronto alguna nueva amiga.
Las cuartillas secas se las llevará el viento.

¹⁰ Charles Baudelaire.

PREMONICIONES

Para hc

Un día de estos
se acabarán las farsas,
las marionetas, los payasos,
la utilería, la tramoya.
Todo dará una vuelta.
Se habrá ido al fin
la vida.
Alguien dirá unas palabras
como si hiciera falta (un por si acaso).
Quizás se escape alguna lágrima
desde algún ojo indiferente.
Una racha de viento se alzará
para amenizar el momento.
Otros se quedarán mirando
en esa tarde cualquiera
el pozo solitario donde se hundirán mis huesos.
Tal vez un tiempo después recordarán
el tiempo que viví. Los desvaríos. Mis versos.
La imagen de mis sueños, los que fueron,
los que no pude alcanzar por simple cordura.
(No dije cobarde).
Quizás día tras día allá,
donde se construyó el silencio de mis días,
alguien humildemente ponga una rosa en una
jarra de cristal corriente, sin miramientos,



Ventiscadentro. Sor Juana sin lámpara
en una perennidad de reliquias.
(Clip: *On line* Oferta Especial. Compre
el mejor Desatorador Mastrolindo *esgrassatore*.
Etiqueta azul muestra hombrecito forzado
atravesando tuberías. Hace añicos los atoros.
Marca registrada *Made in Italy*,
fecha de expiración 12/4/2050).
Elrito, un remolino... travesías.
Túnel habitado. En espiral a los confines
Hestia se ha ido entre aguas negras.
Un ceremonial de arenas escupidas.
Avalancha, alas desde el columpio.
Los rumbos que conducen a una estación
/ de vuelta.
Malva libertad... silbos...
Mar adentro hacia el vientre de mi madre.

Caí en la maldita sombra de la mudez.
Mal amada con Hestia sobre mis células
/ (ordinarias).
Fue una centuria, una cánula, una burbuja,
una araña tejiendo sin hilos
noventa y nueve años de cenizas
de noches sin subirme al columpio,
de silbar (aunque fuera) nanas,
como cantaba antes desde el vientre de
/ Sabina,
desde su cauce, con aquel torrente chapucero,
alucinantes vejeces de Sindo a María Teresa,
de notas con fusas y sin fusas, cante jondo.
Balada de John y Yoko, Silvio, los dos Pablo.
No fue tan simple. Es tan simple como la
/ nimiedad
de un asterisco, o la cagada de una carcoma.
Me quedé agazapada con aleteo de pajarraco
caído en un matorral de espinos.
Atascada por dar de mamar a los hijos mudos.
Por los siglos de los siglos
la parábola crecida pecho adentro
entre la mugre de su escondite
*ardiendo en todos los fuegos a causa de mi
silencio⁹.*
Alquitranada la garganta,
algunas veces marafuera.
Marabajo, mararriba, ventoleras.

EXORDIO

Para Ana Margarita Valdés Castillo,
la marinera de barrancas.

*Muchas cosas me dieron en el mundo:
solo es mía la pura soledad.*
DULCE MARÍA LOYNAZ

⁹ Alberto Rodríguez Tosca.

ADIÓS A HESTIA

A Roberto Manzano, maestro y amigo.

*Ardiendo en todos los fuegos
a causa de mi silencio.*

ALBERTO RODRÍGUEZ TOSCA

Nada significa, es tan simple y no sé cómo
todo el tiempo es tanto para mí. Oficio de
/ silencio.

Ariscos ante la papilla del ajo (sobrados).

En retirada versos en la sartén.

Pensé cientos de veces en un grito,

en un alarido, o una cantilena

de cabronas palabrotas.

Pensé en aullar... aullar...

En abracadabra con sordos quise

hasta ladrar como un perro.

A destiempo llega mi voz.

No pude con esa familia

de todas las voces que laten en mí

confinadas en la amalgama

escondiéndose de tanto lleva y trae

entre la maraña

de tantos chícharos alucinógenos

que bajaron por ella sin pedir permiso

como de un apeadero en el territorio de

/ Magallanes.

Ni siquiera un susurro, una sílaba.

LA ISLA SIN UN PESO

Los lógicos nos metieron en esta habitación

ÁNGEL ESCOBAR

He soñado una fuga y he soñado...

CÉSAR VALLEJO

Me comí la isla sin un peso.
El peso de la isla se lo comieron otros
(creo que fueron los lógicos).
Me comí la isla sin un peso,
y el azafrán y la mortaja.
No tuve otro siglo, ni otra habitación
que no fuera la de los lógicos
(según Virgilio y Ángel Escobar).
Para esperar por tanta comelata.
Me comí la isla sin un peso
con la dúctil congoja de la habitación cerrada,
con mis bolsillos desfondados
y hambre, la estación de siempre.
Por supuesto, Virgilio, ¡la maldita circunstancia!
¡El peso de la Isla!
¡Ángel, la habitación incierta de los lógicos!
¡Es tanto peso para una sola bacanal!
Que me abstuve
en la suerte de mi entierro
donde al fin llegó el Fin.

APPOGGIATURA

A José Vanegas, que sabe de lealtad.

A Esperanza Iglesias, poeta.

I

¿Después de todo este tiempo?
Siempre.
¿Una fuga que el viento facilitara?
No habrá viento.
Solo un incendio
en aquellos versos.
Una aproximación
para reptar por la página
con los dedos helados
trozando la sombra que divide
el ángel con su ala repetida.
Como una sentencia el destino,
el canal que propicia
el anhelo del muro,
la cáscara en el papel.
El espacio que se impone
como un tótem en su hogar invisible
negándose frente al abismo.
Todo pasa, nada perdura
más que el tiempo necesario.
¿Quién sabe si el olvido?

Si después... se desgaste la imagen
que está allí y se esconda todavía
al otro lado del poema
para caer más tarde como una lluvia leve
y cobre forma en la distancia que evoca
a esa gente triste que son los poetas.

que devuelva el paso seguro
a los caminos cerrados
que por todos lados advierto
con mi Cabeza de Medusa.
Con cabezasincabeza.
¡Kali, echa esas ruinas fuera de mí!

COLLAGE

A Maybe que me regaló
a Kali con *Principito* y *Corazón de Origami*.

Se ha encaramado en el fondo el cielo.
Eché un rezo a Casiopea.
Rogué, hice un pedido.
Quiero ser la Diosa
decapitada en el Trono de Indra.
Emerger a mediodía con turbante.
Ser Kali por cien días.
Dejar la Cabeza de Medusa
enterrada en una playa desierta.
Una puta cabeza descabezada
sobre mis hombros
involucrada en el quehacer
de las noches.
Copular en la línea del tren,
en el recoveco de una escalera,
o en un baño público.
En una aproximación de orgía
bailar al compás de un tambor
con los ojos vidriosos y ojeras.
Rogar al señor dueño
de los caminos,
de los traspasos,
abridor de cerrojos⁸,

⁸ Lidia Cabrera

II

¿Qué es?
Dentro de mí
partida como muesca de pistola.
Un zapato va hacia el Este,
el otro al Oeste se dirige.
Los dos se lanzan en amoroso rumbo.
Las manecillas del reloj
indagan también lo contrario,
giran en burlona reversa.
En sendas desiguales busco
la bombilla ciega del parque.
Trasmutado el sentido de la luz,
el bullicio del barrio.
Los vecinos que ríen y construyen
una casa como un Atlas.
No encuentro el acomodo.
En este ir y venir,
mi sillón, escondite luminar.
Trono de Isis fragmentado
donde nunca estuve a la diestra de Dios
(ni a la siniestra).

III

Vaivenes con carnalidad de útero.
Un sillón que guarda las aguas
para un pez solitario
con sed de mar, lagos, lagunas
(velamen).
Mitad pez, mitad escamas.
Sin escafandra entre madreporas.
¿Cómo encuentro el poniente
entre una cosa y la otra?
La exacta planicie de lo seguro
en una estación verde como
las sierras oliveras de Jaén
que también eran disfraces.
¿Cómo encontrar un nicho
entre las nubes del desierto?
Dados, nombres, sinfonías
arman el juego de los malabares.
Todos los idilios de un trovador
en dos islas que no son Estambul.
Más adentro, en cripta se erige
el mensaje de todas las porciones
en busca de una *suite* impar.
Luego el Bósforo
deconstruye el salterio hasta nuevo aviso.

Vuelta cada día a la quimera del sartén,
frito el huevo con agua,
creer en el campanario,
creer en una virgen mambisa
hallada en el mar por unos mineros
que iban por sal (esos juanes de todos),
pedalear doce kilómetros
por una guardarraya.
Que una sola voz sea
suficiente para plegar todo lo falso.
Cambiar el destino con una señal.
Siempre la luz
como el Faro de Alejandría.
Con una sola palabra: CUBANA.

AÑO 93

*A nosotras las que hemos tenido que vivir
la demencia que es llevar una casa.*

MARGARITA DURAS

Las uñas renegridas,
fango hasta en los huesos,
el sillón de ruedas, las muletas,
mujer de gallinero sin gallinas,
cerdos, fogón de leña,
confundida en la cábala
de una cocina dudosa.
Sopa de culantro, caldo de tomates,
arroz con papa, Matriz Daffo,
mazorcas de maíz
ante el espejo de la cocina
para que hubiera abundancia
(un espejo roto).
Una voz se oye cantora:
...el Ché no debió morir⁷.
Siempre en la ronda de los libros,
bicicletas, sueños, sueños.
Soñar con un beso de Neruda
o un poema de Martí
dicho al oído por él.
Soñar no cuesta nada.

⁷ Voz de mi madre.

IV

Muerto, y aún respiras.
De un lado el cristal entero.
Del otro, cierto pedazo hecho astillas.
Hacia el Este la brújula incierta
y el mar como una cofradía de dioses
/ insepultos.

Hacia el Oeste rural
la cortadura de una efigie, ciscos en el espejo.
El *corpus* dividido como una campana
a merced del péndulo.
Incertidumbre del jeroglífico.
En la *appoggiatura*
el árbol carcomido solloza.
Los huesos rechinan molinos.
Las oliveras de Jaén, prófugas
en el equinoccio de esta noche
se han dormido.

V

Desde el trono de Isis
dos arrecifes se saludan.
Han echado abajo la mampara,
charcos, la costura del sol.
En la otra bifurcación,
la voz en una emisora de radio,
el hurto indebido de un libro,
el clásico contagio urbano.
John Lennon que no cree en lágrimas,
contra viento y marea
espera sentado en el parque de 17
el aviso del pan en un augurio próximo.
En el punto más alto el otro parque
Vicente Silveira y Nicolás Aramburu
ligeramente desplazados por la historia
de un reguetón santo y seña
a una cantada papaya.
En este meollo de entradas
por fronteras secretas dentro de mí,
¿debe existir una culpa?
A la altura de esta edad se permiten
ciertos deslices
y salir por la puerta principal.
*Las culpas nunca caen al suelo*¹
(son de alguien).
La culpa se llama Borges.

¹ Voz popular.

No recuerdo ni un doblar de campanas.
Ni esos aros de flores muertas
colgadas de una pared
donde los amigos y los vecinos
y quizás algún poeta
hablaran de la lotería
(matutino de los velatorios)
y hasta de Stefhane Mallarmé.
¿Cómo fue? ¿Cuándo?
Nadie responde.
Quizás el linaje de los ruidos
no deje llegar una sílaba.
Una señal, una contestación.
Las leyes del silencio son estrictas.
Se extraviaron mis relojes.
Quedaron detenidas todas las manecillas.
Ni un tic tac, ni un tic tac, ni un tic tac.

NO

*Soy realmente de ultratumba,
así que basta de encargos.*
RIMBAUD

Ya no tomo café,
no consumo alcohol ni cigarros.
No amanezco casi nunca.
Ni siquiera me levanto.
Debo haber muerto
hace media centuria, una semana.
Quizás dos siglos.
Pude morir ayer
en el cauce de un río negro
parida por una botella
o por una anémona
llegada antes de la hora.
No alcanzo a saber
cuándo fue, cuál día.
¿Dónde alcancé esa estación serena?
Ese parto a la nada.
Ese descender al cero
en hemistiquios incrédulos.
Ni siquiera soy un muerto,
un muerto inocente
que a nadie ofende,
que no respira,
o un recién nacido
con hipoxia asegurada.

VI

Pigmentos, fibras, balanceo.
Noble madera que hoy me resguarda,
/ mecedor-
columpio, molde de mi imperfecta
/ arquitectura
corroída de silencios.
Hace un tiempo enorme que fuiste
algo más en las fabulaciones de mi madre.
Cedro gigante pagado sin cercenar.
Árbol torpe a dejar sus raíces
a la intemperie.
Incólume desde siempre
hurgaba en la sangre de la tierra.
Una pirámide egipcia en el Capellanías.
Tantos dueños, tantas pagas por costumbre
(pillaje).
A cuentas de un Tutankamón agreste
con ciento dos anillos en sus cauces.
No caer le habían dicho al oído.
La Singer mutante allá en las cepas
con pantalones escuderos. Filos, sierras.
Cortado el monarca en mil pedazos.
(No atacaron las ratas, las pirañas).
Hinchado en un harén verde
ignoraba mi esencia.

VII

La oquedad de mis manos
suicidas lo palpan cada noche.
Lo acogen como una extraña
que huye a la sobrevida.
Túnel estanco de mis horas malas,
me hace vergonzoso el desacuerdo.
Me ha vuelto dos piezas (penalidad dividida).
En una me abraza la manta que acoge
(exorcismos de mil inviernos).
En la otra encuentros glaciares,
embobadas afonías,
estalactitas, andares, solsticios,
intersecciones de muchas cosechas.
Veranos incendiarios, un charco azul
detrás de un hotel, dienteperro,
aguas malas, turistas (mujeres).
Un nombre que no se extingue.
Habana inflamada en mi memoria.
Guanajay desde la otra ribera.
Mecedor-punto
donde confluyen todos los puntos.
Versos mal encabalgados,
zaga de cada noche de mis días,
aguante de alquitrán gongorino
encontrados en plena baraúnda
que se me ha vuelto poema.

escriban para mí un epitafio común.
No un epitafio a lo Isadora Duncan, o a lo
/ Chaplin,
si no uno así a lo Feijóo: *Aquí yace una*
/ *hormiga colmenera*
que le gustaba mirar estrellas.

Son las mismas de cuando yo soñaba con
/ Peter Pan y Wendy.
Colorearon un pez rosa y otro azul para mí.
Son esas, las que no pulsan en ningún violín
/ una pieza de Bach,
no han sostenido nunca una batuta para
/ dirigir
una orquesta de cuerdas en Viena, ni
/ siquiera ellas
han rasgueado la más pusilánime de las
/ guitarras.
En el fondo de los días, me ofrecen un café
/ en las mañanas.
Mientras holgazaneo entre las sábanas,
/ revisan mis chapuceros garabatos.
Ellas se enfrentan a mis dolores, enemigos
/ de siempre
los espantan con un simple frote sempiterno.
Cuando yo alcance el sueño, tal vez sería
/ mucho pedir,
quiero que esas ya en la última hora
/ conecten la música a todo volumen
para que yo escuche el *Concierto de*
/ *Aranjuez* de Rodrigo,
Las tardes grises de Sindo, la *Bella cubana* de
/ White.
Que ese día arrojen flores de romerillo
en la tierra donde me han de plantar.
Aunque parezca profano el pedido quiero
/ que esas manos

VIII

Termino con la voz quebrada.
¿A quién me duelo?
¿A quién cuento la historia
del sacacuentas en el tiempo que pasa
sin una estación definitiva?

Donde hubo árboles y estampidas y pájaros.
El ojo identifica la notoriedad de la noche azul.
El rayo y la luz captan el retrato de un sueño.
No estamos solas, la memoria y yo.

Liberadas.

Hay gente que pasa y ríe y canta
a un tiempo sin miedos, sin escondites,
donde hay música y magia de poetas
para ti, para mí, para el mundo.

Gentes que no duermen en ningún
 / mecedor-columpio.

Que bailan y fornican en la claridad de la luz.
Que sonríen y pasan como si nada.
Ya lo sabes, de pronto he despertado
(libre).

Y no me alimento más de escombros.
Y no importa si nadie responde, si nadie me ve.
Voy a llamarlos para que vengan conmigo
(o para ir con ellos).

A encender la estrella de tu manga
que por fin no está muerta.

CANTAR

Para hc.

Al pan también y al agua se parecen.
Aunque no supieron arreglarme la ventana
/ rota
y si clavan en algún lugar de la casa rompen
/ el martillo
(y hasta los dedos).
Creo que esas para las que hago estos versos
me apuntalaron el *corpus* de la mejor manera:
se ajustan a mi costado cada día,
calientan mi cama por las noches.
Fueron hechas para mí, lo supe desde siempre,
como fue hecha la cuerda para el ahorcado.
Se tienden a mi orilla cuando la pena me
/ extravía.
Sus manos que no esculpieron ningún David,
tampoco pintaron la capilla Sixtina,
van y vienen, trabajan, sudan, acarician,
/ escriben,
se mueven a veces con simple torpeza.
Imagino que ellas salvaron a una prostituta
que iban a decapitar en el trono de Indra.
O tal vez viajaron con Gulliver al país de
/ los gigantes.





(y decir todo está borrado).
El mar con su armadura omnipresente
/ quiebra este verso escaldado,
después se levanta con aquel viento que
/ anunciaba
el nacimiento de un tiempo *de ron, tambores*
/ *y risotadas*⁶.
Porque la memoria (antes dije: la desmemoria)
tantas veces, tantas de tantas (no precisa el
/ número)
en la noche hirsuta, vuelva a llamarte poeta,
/ báculo, hermano.
Se espera según el profeta el incendio de
/ un tal Nerón,
un toque a degüello, una cuchillada mortal:
la ventisca de esta página muerde el pan
/ en tu estatura.

INTERMEZZO

¿A quién el corazón darle de par en par?
PABLO ARMANDO FERNÁNDEZ

*Girar es el destino
de los que creen en el caos.*
LINA DE FERIA

⁶ Rolando Jorge

A los adivinadores no les sirvió de nada
/ ninguna profecía.
Mi voz se aligera en esta manera tan mísera
/ de cantar
y tus versos se quedaron en el torrente de
/ mis amores.
Salvos, vararon en mi pecho ahogado en
/ los países.
No he cruzado el mar, sin embargo
en la piel de los silencios violas dentelladas
con hambre de poema en los zapatos.
Las lenguas procaces, repletas de Amarantas
/ y Kalívalas
bailotean nostalgias a contraluz de un tiempo
(amanecido).
No he cruzado el mar, sin embargo
quiero nombrarte.
Entonces digo la palabra: hermano, báculo,
/ redoma,
hablo no sé a quién, porque no sé si alguien
/ me escucha,
hablo de un antes, de un bardo que como
/ un ahorcado
vuelve a suicidarse, como cualquier loco se
/ suicida
(a mí me robaron la cuerda).
Daría cualquier cosa por borrar
esa distancia *que pusiste en el ala negra de tu*
/ *canción*⁵

⁵ Rolando Jorge

A CONTRALUZ DE LOS MARES: EL POETA

A Rolando Jorge, *in memoriam*.

*Hay un juego de arañas olvidadas en tus ojos.
Algo que no se nombra da vida a tu compañía.
Así escribí para ese juglar hace tantos años
cuando los cantares de mi juventud vivían
en la estación de la inocencia.*

El tiempo y los antojos en la playa de esa
/ noche

vuelven por instantes de la desmemoria.

La mandrágora yace pálida,
inveterada en soledades de peces.

No he cruzado el mar, sin embargo
me veo desde el cantor en el fondo de su

/ oráculo

donde se arruga en una hoja el ancla,

/ la brújula,

la bitácora que perdí, los naufragios

/ antiguos.

He buscado el puerto en las islas

donde se mueren a torrentes las palmeras

en la noche airada, noche húpida, maloliente.

El mapa y la bitácora se quedaron con

/ aquel ciego

perdidos en el torbellino de un tiempo

/ interminable.

CARTA A LA EPIFANÍA DE TU EDAD SIN NOMBRE

A Alberto Rodríguez Tosca.
por su Cédula de Cubanía.

A Miguel Ángel Ortega Rodríguez,
por la complicidad.

Sabes, muchacho, quiero confesarte algo,
como quien descubre una culpa al final de
/ los años.

No sé si será una irreverencia. No lo sé.

Necesito decirte con frases naturales

(son las que conozco) una revelación,
una fidelidad de palabras entre los dos.

sin testigos, estrictamente a lo Borges: *yo y*

/ el otro.

Te lo anuncio en un acto de corazón.

Trescientos y tantos días del año

y minutos y segundos incontables

ando como perro flaco con pulgas y sin dueño.

Tal vez por verte reír, no sé... quisiera hacerte

/ el cuento aquel

de *Érase una vez un Rey*: ese cuento que

/ escuché tantas veces

mientras asistía a los funerales de mi parque.

Una caída. No de inanición ni de cigarrillos,

drogas, alcohol o paro cardíaco,

fue algo más originario, como un febril
/ apareamiento.
Una cópula desgarrada casi implorándome
a cohabitar con ella en su ruedo de enanos.
No creas, muchacho, el círculo no es chico.
En el trance, con los ojos vendados, todavía
buscaba en aquel naufragio la bitácora que
/ perdí.

Son los destinos *donde ya no hay músicas:*
hay bulla de cerbatanas despabilando a los
/ despiertos².
Lo dijo el poeta mientras reía, una tarde,
/ ebrio, allá en Bogotá.
Me han dicho que murió de tristeza natural.
Tristeza natural con apellidos: *Sin cédula de*
/ extranjería.

Tristeza natural con nombre propio: *Extranjero.*
No hay silencios, muchacho, no te engañes.
Creo que el poeta quiso decir:
despabilando a los muertos,
porque los muertos están tristes
o porque los tristes son muertos.
No hay despiertos, las cerbatanas callaron.
Más bien me apena decirte
que caí de bruces cuando vi a los otros
/ vivir de la risa
y hacer el mismo cuento en la noche y en
/ la mañana,
el mismo cuento de: *Érase una vez un Rey,*

² Alberto Rodríguez Tosca.

EL MENDRUGO

¡Suerte!, dijo el mendrugo
que fue puesto en la mano
del mendigo. Agradecido
ni siquiera él pedía
una posición ufana
en una mano vacía.
El mendrugo pedía.
El mendigo pedía.
Cualquiera pudiera hacer
un pedido pusilánime.
Algo así como una noche oscura,
una callejuela, un eclipse,
un túnel, un puente, una gran vía,
corceles, carruajes, una constelación
para poder entregar en cualquier sitio
lo más íntimo de su animal agonía.

mientras yo dormía y escuchaba el cántico
con esa grácil majestad que duermen los
/ inocentes.

Debo decirte (los hechos se repiten): yo no
/ estaba sola,

había otros que también creyeron el cuento.
Ellos vieron al Rey pasearse cubierto,
mientras yo lo veía desnudo.

Muchacho, no es eso, no dejes que te
/ embriaguen.

Los poetas a veces (casi siempre) se guardan
la palabra maldita bajo la manga,
créeme aunque a ratos cante y me emborrache
como cualquier mortal
y me lance en la noche a convocar (fantasmas).
Tengo un tajo en medio del pecho que no
/ sangra.

Solo se cubre de escarcha cada verano.
O como el cuero salado se curte al sol.
Cuando me veas esa herida
no tengas pena de mí,
que esos tajos escapan de las grietas de mi
/ sombra.

Guardan a las míticas ciudades, los
/ escritores, los astronautas.

Corrijo (recuerda, los poetas la esconden
/ bajo la manga),

son visiones que van conmigo en familia
y las palabras a veces no pueden, ¡si pudieran!
Muchacho, cállalo, que sea entre tú y yo

esta carta nimia para la epifanía de tu edad.
Te toca a ti, juglar, porque a partir de este
/ momento
mi sombra y yo a contrapelo de la lluvia
abrimos las ventanas
tal vez por verte reír, no sé...

PERORACIÓN

*Dichoso tú, que no tienes el amor disperso... que no
tienes que correr
detrás del corazón vuelto simiente de todos los surcos,
corza de todos los valles,
ala de todos los vientos. Dichoso tú, que puedes encerrar
tu amor en un solo nombre,
y decir el color de sus ojos, y medir la altura de su frente,
y dormir a sus pies como un fiel perro.*

DULCE MARÍA LOYNÁZ

QUIMERA

Para Artemisa, la ciudad que me vio nacer.
A Elegguá, dios bárbaro y errante.

Mi ciudad volvió el rostro al verme pasar.
La andarina, la fugitiva
devuelta en el cristal trasero
de ese carromato cincelado
a trucaje limpio.
Un buen sitio para una cabra
que huye, se espanta, gimotea.
(La cabra que siempre tira al monte).
Quiere escabullirse del lugar
que le han reservado.
Un lugar.
¿Cuál lugar?
Esta ciudad no es mía.
Déjame entrar en tu recinto,
Rey de los caminos,
vengo de lejos bordeando
las riberas.
¿Ya no soy de esta ciudad?
Sigo anudada a ella.
Entro en sus calles
a ritmo de algazaras.
Céspedes (donde he nacido),
Baire, Yara, Zayas, Manuel Valdés, Zenea,

Colón, República, Mártires, Maceo,
/ Bartolomé Masó.
La Constelación Ara de Tolomeo en Almagesto.
Alguien una noche insomne
cambió esos nombres por números fríos.
De pronto una vuelta.
Una sucesión de casas.
Edificaciones unánimes
de columnitas antiguas.
¿Dónde están ahora
los nombres de las calles
de mi lugar en la tierra?
¿Dónde estoy, ciudad?
Si emprendí una huida cada día,
otra y otra. Siempre adelante.
¿Usted viene de parte de alguien? —dijo la
/ ciudad.

Sí, vengo de parte del padre
y del padre de mi padre,
de mi madre y de la madre de mi madre.
Del Padre Arocha.
Vengo de parte de Magdalena Peñarredonda,
de parte de Cornelio Sawchay, Úrsula Lamber,
de los barracones de Angerona,
del Santo Niño Jesús de Atocha,
de Manuel Isidro Méndez,
de mi partida de nacimiento,
del día de mi comunión
(un 25 de abril, en la Iglesia de San Marcos),
de mi mal casorio (un día 10 de mayo).



Vengo de parte de Dolores Rodríguez
/ (Lola, la otra madre),
de mis maestros Fe María Fernández,
Faustino de la Barrera, Graciela Cordero.
Vengo de parte de los Requejo,
los Robaina, los Permuy, los Rodríguez,
/ los Trujillo,
los Redondo, los Carmona Ymas,
de parte del poeta Alberto Rodríguez Tosca.
¡Vengo de parte de los míos y de los suyos,
/ ciudad!

Vuelvo a la fe de mis mayores, estoy aquí
salva, sin laureles. Soy la hija que avanza
en retroceso hacia el punto de partida:
como pródiga vuelta de aquellas fugas
regreso a mi emporio natal.
Parpadea la ciudad, no sé si me escucha.
Bullicio, canturías, entra y sale.
En Céspedes (Calle no. 27: avispa en la
/ charada)

esta mañana
unos hombres descamisados
han puesto un semáforo.

CUMPLEAÑOS

Hoy es el día de mi cumpleaños.
 Alguien me trajo unas rosas amarillas.
 Aunque a veces quiero (sí, a veces)
 arrancarme el corazón y tirárselo a los perros.
 Desde luego que tomaré vino.
 No un trago, si no varios.
 Oleré las rosas, bailaré con una canción de
 / Joaquín Sabina.
 Quizás en la tarde me suba al alero
 y descubra un nido de pájaros.
 Aseguro que voy a clamar por mis visiones.
 A Neruda, o al mismo Paco *My friend*:
 le diré unos versos a ese fantasma dormido.
 Ese trovador de las guitarras rotas
 que me hablará al oído. Como otras veces
 me dirá que *quiere ser un ángel*
del séquito de ángeles
que me custodia (palabras del loco genial),
 las oiré de nuevo en este día.
 Iré a subirme al carrusel de caballitos enanos
 en el parque que me vio crecer,
 para tararear esa canción de la negra Buika.
 Mi madre vendrá como tantas veces
 y aquellas baticas de uso, donadas por los
 / vecinos
 (otra vez de estreno),
 para encender las velas de un *cake* pequeño,

Embaucado con el soplo
se evapora en la corriente,
ditirambos, eólicas prestaciones.
Ahí te los dejo (sin Aleph, hermano).
Te regalo estos versos por
si acaso...

¡Nunca supe, bien lo sabes!
 ¡Cómo me gustan esas palabras!
 Mi tiempo de versos se esfumó
 en las suelas de anuncios interminables
 que no proscriben.
 Mi corazón aún babea escupitajos,
 calcos, condomio de otras noches.
 Huelen a rosas muertas,
 a leche cortada, a huracanes.
 a viento de octubre.
 Todo pasa, todo vuelve
 al punto cero en la hebra del huérfano.
 Mi amigo Carlos,
 el alienado con miedo a extraviarse
 en el inocente huerto de lechugas.
 Los dos perdidos (tú-yo),
 espacio transfinito: *la carne transparente*,
 misterio de la efigie.
 Hermano-amigo-loco-desterrado.
 Otra vez noria, tiovivo, carrusel del sacuentas,
 cuentas, recuentas. Cosas que se mueven.
 El espejo, caleidoscopio,
 el punto del huso en el (no)verso
 que a fuerza de no ser
 fluye por rabia, circuncida el anillo
 de mis ciclones.
 Ahora mismo de vuelta.

un *cake* sin rosas, pero con el arabesco de
 / mi nombre,
 comprado con dinero de su amiga Lola.
 Lo recuerdo siempre, mi madre nunca tenía
 / dinero
 (pero tenía amigos).
 Precisamente un 12 de abril de 1961
 mientras Gagarin viajaba al espacio,
 o vaya usted a saber a dónde.
 Mi casa era mi casa, y nos alumbrábamos
 con un mechón de luz brillante (vinieron
 / aquellos hombres
 a cortar la electricidad): éramos unos
 / malapagas.
 A pesar de que algunos días solo pienso en
 / Miguel Hernández:
estoy para penas solamente/ porque la pena
tizna cuando estalla.
 Y reniego de Dios, y hasta de mí.
 Sin embargo hoy, precisamente hoy, voy a
 / pasarme de copas,
 haré el sexo en cualquier lugar de la casa.
 Hoy no es un día como otros, hoy estoy
 / feliz de haber nacido.

REINA DEL CAPELLANÍAS

A la guajira más bella y cantarina del Capellanías.
Sé que los dolores que te di
fueron fieros. Allá donde estés, ¡perdóname!

En el fondo de tus entrañas
se armaron estos ojos míos,
estas manos, este cuerpo flaco.
Tú eras una guajira linda
que montaba caballo
con ese don del guitarreo y la canturía.
Tú, tu voz...
¿Por qué me hice de ti sin esa voz?
Con estas ansias de montar versos y no
/ caballos.
Soy un pedazo de tu carne, amo la vida
/ desde ti.
¿Me escucharás desde el polvo?
¡Sé que me escucharás!

AMIGO CARLOS

A Carlos Jesús Cabrera Enríquez, Poeta-Hermano.

Del santuario tú el Mecenás me pides
(cantar al Aleph).
Por ti he tentado la suerte
de burlar mi nulidad,
amanuense que no sabe hacer
versos de ahora, nunca supe.
El mundo es otro, que no tiene
la obligación de escucharme
ha dicho: podemos prescindir de usted,
de su garganta,
(sin disculpas, invocando a otro).
*Por Dios que cansa tanto
poetín que su dolor de hormiga al Universo
incalculable cuenta⁴.*
Mis cánticos pasaron de moda.
¡La moda es la moda!
Pasa-vuelve-pasa-vuelve.
Pasaron también la matanza de reses,
el hortelano, los corregidores.
Festín de cortapisas. Un poeta lo ha dicho
/ en Agonalia,
lo dijeron Borges, Wilde, Tosca, Rimbaud.

⁴ José Martí.

será su rumbo? ¿Dónde estarán mañana?
¡Pobre de los hijos que han nacido de
cepas de plátanos! Las madres de verdad
saben que nada ni nadie podrá llevárselos.
Aunque pasen los años, aunque no
vuelvan si van a la guerra, si escalan una
montaña, si deciden cambiar de terruño,
aunque roben, aunque no sean tan buenos,
aunque no sean tan bellos, siempre serán...
los hijos. Porque sí, sí, sí, siempre serán...
lo decía mi viejita: las mujeres son las
madres de todos los hombres del mundo». El
hijo amamantado duerme. La que dio
de mamar mira por la ventana abierta, su
vista se pierde más allá... donde asoma
una rama, otra... retoños, hojas secas, un
nido vacío, un anuncio, sombras inciertas,
figuraciones, tal vez eso: figuraciones. La
madre abraza fuerte al hijo sobre su pecho.
Espanta una gota salada de su cara, no
sabe... sabe... sabe... lo abraza y ¡ríe!

ESE DÍA

A mi padre, que se me fue en primavera.

Ese día, precisamente (15 de mayo de 1990)
hice mucho por reavivar su cuerpo.
Los dioses no lo tuvieron en cuenta, era
/ agnóstico.
Ese Dios avaro de cadáveres gloriosos,
distráido con sus olvidos, que los tiene,
/ en una comilona de huesos.
Lo bajaron al foso sin pedir permiso a nadie,
lo bajaron en un sueño, entre flores rojas.
El cuerpo marchándose. Quedó el *corpus*
/ de guajiro bizantino
con su biblioteca de guano-cana y tablas de
/ palma real.
El machete, la carreta, la pluma de fuente,
/ el tabaco. Un perro sarnoso.
Los apuntes, las libretas de hojas carcomidas,
/ cartas no sé a quién, versos, polillas,
periódicos, fechas, grafía Palmer; de pata-coja
/ su escritorio.
El baúl, el abanico, los pendientes, el chal
/ de la madre, polainas, una bandera.
Un aborto-des-abortado. La miel de Oshún
/ no amarró el arique en sus yaguas.
Esos no cupieron (ese día), quedaron en las
/ grutas de mi sombra.

Corceles en su origen muscular (ni negro
 / ni mulato, casiblanco)
 no quisieron caer entre aquellos brazos de
 / tierra fría.
 Una edición del Quijote (Ramón Sopena,
 / impresor y editor).
 A mis diez años. No recuerdo otro regalo,
 a no ser una muñeca rubia que trajo de
 / La Habana
 (más tarde, destripada)
 colgaba en un árbol del jardín.
 Las naranjas en la tenaza de sus manos
 goteaban en mi boca abierta (aquel cocotazo
 / una vez).
 Unos brazos amistosos lo bajaron
 sin la esperanza de volver a verlo:
 se quedó allí, quieto en lo oscuro,
 sin miedo, sin religión, sin pedir nada.
 Volvió a la tierra: *polvo al polvo*,
 a la lluvia de mayo, a la plaza,
 a gaviar con el maizal, a robar con Juan Candela.
 Era mi padre y se quedó allí sin una señal
 en el fondo de aquel pozo donde algunos
 pensaron que pudiera haber agua.
 Estaban los amigos, los vecinos y mi madre:
 era jueves o martes, no precisa ese detalle.
 Lo dejamos allí y nos fuimos todos.
 Lo dejamos allí tan solo a merced de la memoria
 de una piedra blanca que contenía su nombre.

desde el nacimiento chilla por esa chupeta
 que ahora le calma el hambre (el *hambre*,
*ese conocimiento primero*³). Y sentirá cuando
 crezca ya sea por reflejos, por imitación,
 sentidos, memorias, ancestrales misterios,
 que lamer esa fruta es la gloria misma para
 un hombre.
 «Nunca será lo mismo», piensa la madre
 mientras ve la boca desdentada tragar la
 espuma blanca con chupitos ruidosos.
 «¿Cuál será la que se lleve a mi hijo? Su
 padre me montó, yo gocé; pero lo hice con
 amor. Lo llevé en la panza nueve meses, de
 tanto peso se me arqueó el cuerpo. Él me
 daba patadas en el vientre, yo le cantaba
 bajito una canción. Tuve vómitos, se me
 enmohecieron los dientes. ¡Pujé, pujé, pujeeé!
 Coronado me rajó al medio. Lo parí con dolor
 clamando por mi madre. Las mujeres cuando
 parimos llamamos a nuestra madre. ¡Las
 mujeres que paren machos no tienen hijos!
 Los varones son de sus mujeres. ¡Pero si
 las mujeres somos las madres de todos los
 hombres del mundo! Los hijos ni las hijas
 son de nosotras, aunque sean una porción
 de nuestra carne. ¡No los compramos en
 ningún mercado! Un día se van detrás de
 cualquier ventolera, de cualquier asunto,
 de cualquier puta. ¡Y ahí te quedas! ¿Cuál

^{1 3} Antonio Machado.

(M)AMANDO

Las mujeres son las que saben.

J. MARTÍ

A Dorita, mi niña querida. A mis
diablillos Camila y Carolina.

Una ciruela morada gotea, gotea, dentro de la boca del recién nacido que recibe el calostro materno. La luz entra por la ventana iluminando madre e hijo. Hay poco espacio en la habitación. Esa imagen de ambos parece un gran óleo sobre lienzo, pudiera ser de Bonarotti, Rubens, Boticelli, Proenza, Sorolla. Quizás ningún pintor del mundo pueda repetir a ese ladronzuelo de alimento (m)amando de ese globo. Por hambre ese chiquillo mamón, roba, patalea, gime, y hasta se caga sobre la madre. El hombrecito, goloso, traga mordisco a mordisco. Desde la teta por primera vez siente el sabor a mujer. Sabor a mujer. Muchas, tantas, tantas serán las mujeres que después meterán sus pezones violáceos, rosas, pardos, negros, azules, dentro de esa boca. Cuando pasen los años él alargará su estatura entre unos brazos de hembra para mostrar que es macho y que

DE LAS SUSTANCIAS Y LOS MIEDOS

Tal vez es amarillo en todas partes.
¿Por qué ese tinte hiriente como un cuchillo
/ de oro?

¿Por qué tengo miedo?
Lo sabes, a veces yo tengo miedo.
Miedos de la mañana y de la noche.
La noche que despunta
se estrena con los miedos,
se duerme y se despierta con miedo.
Miedo amarillo ante los charcos,
los gritos, el iceberg...
Me llena los ojos el miedo.
Es amarillo en la ciudad.
En la ola planetaria.
En todas partes es amarillo:
por dentro y por fuera.

EL ÁNGEL VIGÍA

*Pintada, no vacía.
Pintada está mi casa.*
MIGUEL HERNÁNDEZ

Afuera la ciudad y sus rumores.
Adentro está mi casa.
Todos los libros abiertos de una vez
pintan sus paredes.
Mi buhardilla desterrada por el tumulto
en el silencio de un ángel vigía
con la luna entre las manos.
La única ventana despacha
estrellas, vicios, palabrotas,
guitarras, cucarachas, viejos y cigarros.
Un concierto de pericos, la calle Consulado
de aguadores, turistas y hombres
(que hablan del gobierno).
La azotea de un hotel
y diez gatos inventándose un globo de
/ cristal inflado.
El cartero llama al último vecino.
El huérfano pesca en el tanque de basura.
Tus ojos entran a mi casa abierta,
tus manos, el trabajo,
el beso *espaguetado*,
un café caliente, la sonrisa.

Fausto Papetti toca Harlem nocturno.
Pablo Milanés cantándole a Yolanda.
El privilegio: Dios
regalándome esta suerte.
Afuera la ciudad fabricándose palacios.